

MUSICA Y VIDA

Hábitos y Preferencias en Música

Nuestro siglo, caracterizado por la difusión cultural dirigida principalmente a las grandes masas, no ha logrado demostrar aún que la apreciación profunda del arte haya dejado de ser patrimonio de un reducido número de personas que forman la élite, que en mayor o en menor grado, según sea el medio en que actúe, ha pasado a ser el organismo regulador de los gustos y preferencias por una u otra forma de expresión artística.

El gusto por la música es una habilidad que se consume con placer, y éste determina preferencias por un estilo más que por otros. Hay un número crecido de personas para quienes la música es un fenómeno ante el cual no experimentan reacción alguna; pueden tomarla y dejarla con la misma facilidad. No hay duda que éstas no son las que envuelven problemas de importancia en la vida musical de un país. En cambio, aquéllas para quienes este arte es una necesidad, o en última instancia, un medio de esparcimiento más o menos agradable, pasan a ser el barómetro regulador de la actividad artística del mundo. Hay entre estas personas las que buscan en la música estímulo espiritual y para quienes, ocasionalmente, ésta puede representar un fenómeno de interés a su intelecto. Para otro grupo, la música es una experiencia pasional, un factor vital, un apoyo necesario en sus vidas. Uno y otro caso está exclusivamente regulados por lo que se da en llamar «gusto», y el significado que éste pueda adquirir aparece moldeado por la «admiración». Sin embargo, en la mayoría de los casos se producen fuertes contradicciones entre lo que el ser humano gusta y entre lo que admira. La admiración es una facultad intelectual, puesto que está sometida a la razón; en cambio el gusto es irracional, casi una inspiración, que puede sufrir notables alteraciones, sin que puedan prevenirse siquiera. El gusto por la música es prácticamente sencillo de conseguir; requiere en el individuo cierta disposición primaria en darse a ella, y dejar, si esto conviene a su temperamento, que penetre en forma más o menos superficial en su espíritu. Constatando en esto un punto de partida necesario para despertar en el ser la afición por la música, debemos reconocer que tal punto de partida no constituye el objetivo más importante en la educación. Lo que una persona requiere principalmente es el entendimiento necesario para poder captar en toda su integridad el sentido profundo que rige y cohesiona a la obra de arte en todas sus partes. No quiere decirse con ello que el auditor, como requisito ineludible, deba someterse al estudio analítico «a priori» de una obra, para poder comprenderla a fondo. Sin negar la ayuda que significa el proceso académico de análisis y síntesis que permite ver el detalle y su relación con el total en la obra de arte, puede considerarse que éste encuentra un

reemplazante de positivo efecto en la familiaridad que se logra por la audición repetida e inteligente de una composición.

No obstante, la habilidad para escuchar no es todo en el proceso de la recepción musical. Se necesita una disposición especial, que abra nuestro intelecto y espíritu a la captación del fenómeno artístico en toda su integridad. Cada ser aparece inconscientemente inclinado hacia una especie de conservantismo, en el sentido de que acepta de mejor grado aquellas obras que no le exigen mayor esfuerzo de escuchar. Esta actitud llega a tal extremo de relajación espiritual que una Sinfonía de Beethoven puede perfectamente servir de telón de fondo a un debate familiar en que se discuta, por ejemplo, el problema de la carestía de la vida. ¿Y por qué? Por la simplicísima razón de que la excesiva familiaridad con ella, pueda ponérsela por delante, sin que nada nos llame mayormente la atención en ella. Y sin que, por lo tanto, incomode a otras actividades que puedan desplegarse paralelamente a su ejecución. Es decir, ésta ha dejado de representar para nosotros, lo que intrínsecamente una obra de arte exige: un espíritu y un intelecto dispuestos activamente a su captación.

Generalmente se rechaza, o lo muy antiguo o lo demasiado nuevo; en todo caso nos resistimos a aceptar cualquier estilo con el cual tenemos poca familiaridad, porque no sabemos por dónde tomarlo. Hay veces que nos atrae el ser progresistas, y hacemos de él un ideal, pero comúnmente no sabemos cómo manejar este progreso. A muchos les interesa «lo nuevo» en la medida que coincida con las referencias que puedan hacerse de ello con otros fenómenos que nos son más familiares, para no mencionar aquellos casos en que lo nuevo se acepta exclusivamente porque es elegante ser anfitrión de las vanguardias artísticas de nuestro medio.

Los que saben verdaderamente escuchar,—manejando con inteligencia y sensibilidad su actitud frente al fenómeno artístico—, desarrollan automáticamente una habilidad especial de captación, un proceso analítico inconsciente, que les permite seguir el transcurso de las ideas generadoras al través de una obra. Solo éstos serán capaces de poder determinar con libertad sus aficiones artísticas. El saber escuchar es un atributo cultural y al mismo tiempo, una virtud que puede educarse. El tolerante pero inculto, es en este sentido siempre víctima de la incertidumbre de sus gustos; para encubrir tal defecto adopta por lo general actitudes dogmáticas y demagógicas frente al arte.

Al hablar de la «élite» se debe obligatoriamente distinguir en ella entre el grupo que forma el técnico,—ejecutante, compositor y crítico—, y el que forman los auditores que sostienen moral y económicamente la vida artística. Es este último grupo el que interesa al presente estudio y el que, de acuerdo con lo expuesto, está formado por las categorías más diversas, en lo que se refiere a la selección artística lograda por medio de sus inclinaciones.

No hay duda alguna de que la opinión del auditor puede ser grandemente moldeada por personas de conocimiento, por críticos, directores, publicistas, etc. Hecho demostrado en no pocas ocasio-

nes es que la comercialización o, muchas veces, la manifiesta incultura artística de los antes aludidos ha perjudicado enormemente a la masa. Lo que manifiesta día a día con mayor claridad que los «leaders» rara vez han tomado la responsabilidad de educar al público a escuchar música. Su labor se ha reducido a una mezquina iniciativa tendiente a despertar una superficial afición por ciertos modos de expresión musical logrando interés por el producto ofrecido, lo mismo que lograría un avisador haciendo la propaganda de un artículo que el público no necesita. El ejecutante en general está al servicio de ciertas tendencias, que estimula a despertar en sus auditores. El abanderamiento con determinados rumbos en arte, acaba siempre en un incontrolado sectarismo. Ni el compositor, ni el ejecutante, ni el «manager», ni el crítico, como tampoco el consumidor, si es parcial de alguna tendencia determinada en música, podrán ser agentes objetivos y profundos de su difusión, puesto que su posición aparece, quíeránlo o no, principalmente sustentada por el hábito. Quien proclame que la única música de interés es la que se produjera en una determinada época de la historia (caso frecuente en los virtuosos), de hecho demuestra que ni siquiera es de valor su posición frente a su discutible especialidad. Y tal vez a este respecto tiene más profundidad de lo que pueda creerse la frase del crítico que dijo «quiero dejar de escuchar por algún tiempo la «Sinfonía Heroica», porque tengo demasiada admiración por la obra, como para permitir rebajarla a la categoría de un hábito».

El movimiento maquinal de la cola de un perro al que ofrecemos un sabroso alimento, no se diferencia grandemente del aplauso incontrolado de ese público sectario que vuelve a oír por centésima vez una obra con la misma inconsciencia con que el bien educado se descubre la cabeza al encontrarse con una dama que conoce.

JUAN ORREGO SALAS.

El Canto Coral en la Universidad

Que la música sea el único arte que precisa para su comunicación ser interpretado, presenta, a cambio de muchos inconvenientes, la posibilidad de un contacto más estrecho con el contenido de la obra artística; precisamente el que reciben aquellos que la interpretan. Existe una distancia inmensa entre el goce que produce escuchar una obra musical y el que se deriva de interpretarla, de dar cuerpo y vida a su espíritu. Y dentro ya de la función de recrear lo que crearon los maestros de este arte, la emoción se centuplica cuando se es parte en una interpretación colectiva, sobre todo en la práctica coral. ¡Son tan directamente humanos los medios de que se sirve!

Cualquiera que haya participado en la obra de un coro, recordará como experiencia preciosa la de ese ir penetrando, como tomados de las manos, por las misteriosas sendas de la música. Sentir los horizontes de fuego y el correr desolado de los ríos de lágrimas en Victoria; la angustia que estremece los madrigales de Montever-